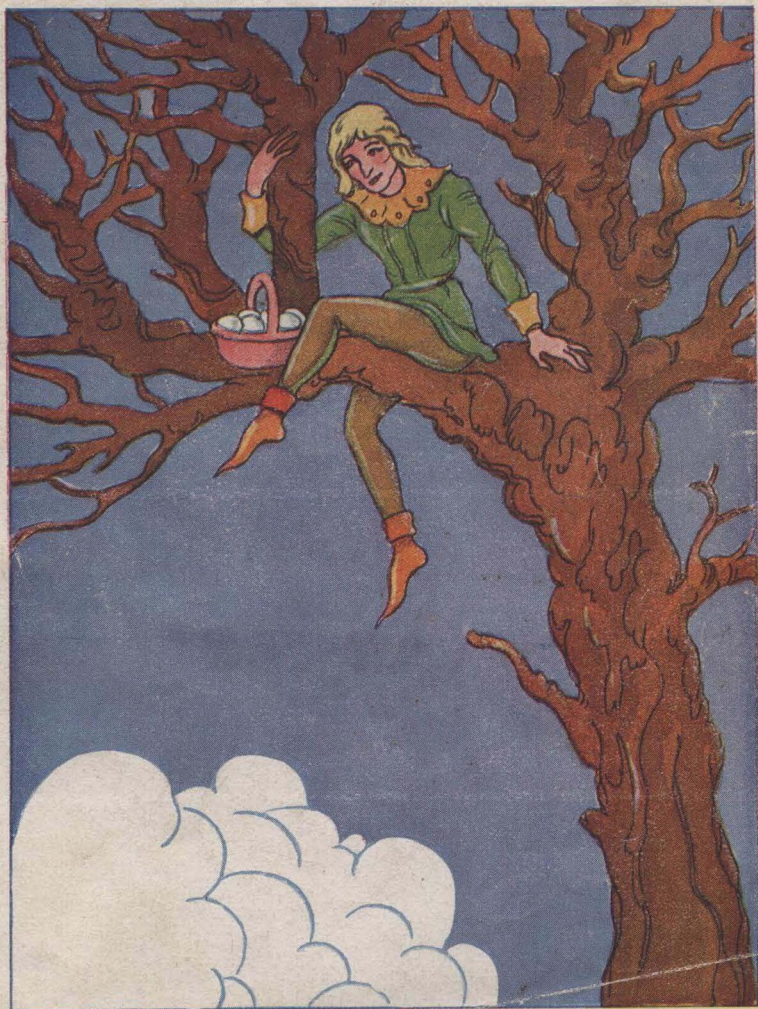


Los Cuatro Talismanes

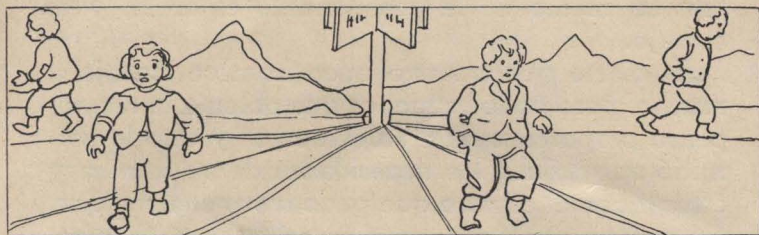


JOSE BALLESTA
— EDITOR —

ALSINA 2006
BUENOS AIRES



00163234



Bato

LOS CUATRO TALISMANES

En una aldea muy pequeña de un país muy pobre, vivía hace muchos años un zapatero que tenía cuatro hijos varones. Mientras fué joven el trabajo abundaba. Sus clientes eran todos los habitantes del pueblo, porque en el lugar no ejercía nadie aquel oficio.

El zapatero — que se llamaba Pedro — era un hombre muy bueno y muy trabajador. Cumplía puntualmente con todos sus clientes, por lo cual era estimado por todos ellos.

Su mujer era muy limpia y también muy hacendosa, así es que vivían muy felices y conten-

tos, en medio de la prosperidad, el orden y el trabajo.

Es cierto que nuestro buen hombre trabajaba mucho, pero no lo es menos que obtenía la recompensa proporcionada a su esfuerzo; y esto le permitió subvenir a las necesidades de su familia y educar con el esmero que pudo a sus cuatro hijos, los cuales, por otra parte, se criaron sanos y robustos como castillos.

Después comenzaron a llover calamidades sobre el honrado zapatero; primero, perdió a su mujer, que atendía afanosamente a las faenas domésticas. En segundo lugar, se estableció en el pueblo otro zapatero, con lo que el trabajo empezó a escasear, en virtud de la competencia. Lo malo era que esto ocurría precisamente en la época en que a nuestro buen hombre le eran más necesarios los recursos, porque los chicos exigían mayores y más costosos cuidados, y no había mujer en la casa que se encargase de administrarla como era debido.

El zapatero no se amilanó y trató de hacer frente a aquella situación difícil, buscando trabajo en las aldeas vecinas, pero no le acompañó la fortuna. Además se encontraba ya viejo y cansado por el peso de los años.

Considerándose vencido en aquella lucha que había agotado todas sus resistencias, reunió un día a sus hijos, y les habló así:

—Hijos míos, yo no puedo manteneros por más tiempo. Ya habéis visto lo mucho que me he afa-

nado por sacar adelante la casa; pero hace algún tiempo que las cosas se han torcido, y para ponerles remedio, creo que lo mejor será que os vayáis a recorrer el mundo y a aprender un oficio que os permita ganáros la vida.

—Sólo he de pedir, queridos hijos míos — continuó diciendo el buen hombre, con los ojos arrasados en lágrimas — que una vez que hayáis aprendido el modo de ganáros la vida honradamente, no os olvidéis del pueblo que os vió nacer, ni de vuestro pobre padre, que desvalido y anciano, solo ansía el momento de vuestro regreso, para poder abrazaros y bendeciros antes de morir.

Ante estas palabras de su buen padre, los muchachos, se sintieron profundamente emocionados, y abrazándole cariñosamente, uno a uno, le prometieron solemnemente que al cabo de cuatro años estarían de regreso, habiendo aprendido cada uno de ellos, el oficio que más le agradase y para el cual demostrase mejores aptitudes.

Y después de hacerles atinadas reflexiones acerca del modo como debían conducirse en la vida, y de recordarles los muchos consejos que en otras ocasiones les había dado, entregó a cada uno un pan y un chorizo. Los muchachos, muy afligidos, pero también muy animosos y resueltos, abrazaron a su padre y se despidieron de él. En el momento en que se disponían a salir de la casa, todos le prometieron dedicarse con ahinco al trabajo y si la fortuna les era propicia volver a compartir con él el fruto de sus afanes.

Los cuatro hermanos emprendieron la marcha tristes y silenciosos, y cuando llegaron a un punto en que el camino se dividía en cuatro direcciones, Pedro, que así se llamaba el mayor de los muchachos, dijo a los otros tres:

—Separémonos aquí, y que cada cual se las componga como pueda por su lado. Sin embargo quedamos citados en este mismo sitio para dentro de cuatro años, a fin de que cada uno exponga el resultado de sus esfuerzos, y para que el que no haya alcanzado éxito pueda ser ayudado por aquellos a quienes la fortuna les haya sonreído.

—Yo, como hermano mayor que soy, — continuó diciendo Pedro, — tengo que deciros, que no olvidéis jamás los buenos consejos que nos ha dado nuestro buen padre. Sed buenos, honrados, juiciosos y trabajadores. Que solo así conseguiréis llegar a ser unos ciudadanos queridos y respetados por vuestros vecinos. Y ¡quién sabe! si algún día llegaremos a ser ricos y famosos. Así es, mis queridos hermanos, que prometedme por la sagrada memoria de nuestra santa madre, que cumpliréis todo lo que acabo de deciros.

Así lo hicieron. Después de abrazarse unos a otros, cada cual tomó por una de las cuatro veredas que se abrían ante ellos. Pedro, el mayor, como hemos dicho antes, de los hermanos, encontró en su camino a un hombre muy alto, de largas piernas y con las manos muy estropeadas, que le preguntó:

—¿Dónde vas, muchacho?



Y LES HABLO ASI...

—A aprender un oficio para poder ganarme la vida — respondió Pedro.

—Pues vente conmigo, y te enseñaré a robar — dijo el hombre.

—De ninguna manera — contestó Pedro. — Ese es un oficio deshonesto, y todo el que le practica acaba en presidio o en la horca.

—No me he expresado bien — respondió el hombre. — No se trata de quitar nada a nadie contra su voluntad. Cuando aprendas esta profesión verás como puedes coger los objetos más ocultos que no pertenezcan a nadie. Yo solo te enseñaré a adiestrar el tacto y a tener una gran ligereza de manos, que te permitirán, no solo alcanzar objetos, difíciles de conseguir para cualquier hombre, sino también ejecutar toda clase de juegos de manos, con los cuales divertir a tus vecinos, los cuales a cambio del buen rato que les hayas hecho pasar, te colmarán de obsequios y de convites.

—Eso es otra cosa — contestó Pedro.

Y convencido de que no había en ello nada pecaminoso, siguió a su futuro maestro, quien sacó de Pedro un discípulo tan aventajado en el oficio, que a no ser por la honradez acrisolada del muchacho, hubiera podido cometer impunemente los mayores latrocinios.

Santiago, que era el segundo de los hermanos, tuvo también un encuentro parecido; el hombre con quien topó en su camino era asimismo de elevada estatura y cubría su cabeza con un gorro alto

y puntiagudo. Parándose delante de Santiago le preguntó que adónde se dirigía tan solo por aquellos lugares, y el muchacho respondió que trataba de aprender un oficio para mantenerse y ser útil a sus semejantes.

El hombre del gorro, muy complacido de la respuesta del muchacho, le mostró su simpatía hacia él, diciéndole:

—Si tienes buena vista, vente conmigo, y haré de tí un astrónomo tal, que no habrá nada en la tierra oculto a tus miradas.

Santiago aceptó con regocijo aquella inesperada proposición, y reveló tan felices disposiciones para el oficio que el maestro, entusiasmado con la aplicación e inteligencia del muchacho, le regaló al cabo de cuatro años un antejo de larga vista de tanto alcance que, en cien leguas a la redonda, se podían distinguir con él los más pequeños objetos.

El tercero de los hermanos se llamaba Enrique, y tuvo también su correspondiente encuentro con un hombre que le preguntó que es lo que hacía vagando solo por el bosque.

—Soy el hijo tercero de un honrado, pero pobre zapatero y he salido al mundo, para ver de aprender algún oficio o profesión que me permita ganarme honradamente la vida, y ayudar a mi anciano padre.

—Se vé, por lo que acabas de decir, que eres un buen muchacho — díjole el hombre — y como

me has sido simpático, estoy dispuesto a enseñarte mi oficio.

—¿Cuál es vuestro oficio, señor? — preguntó Enrique.

—Soy cazador, y si te vienes conmigo, te prometo, que en un par de años, sabrás cazar tan bien como yo, y si te quedas más tiempo conmigo, llegarás a superarme, puesto que yo soy más viejo que tú, y para este oficio hace falta ser joven por que se necesita muy aguda vista y muy templado pulso.

Enrique aceptó gustoso el ofrecimiento y estuvo largo tiempo al lado de su maestro, el cual le enseñó a la perfección el manejo de las armas de fuego, para el que el muchacho mostró tan felices aptitudes, que su maestro en premio a su laboriosidad le regaló una carabina con la cual no era posible errar ningún blanco.

Miguel, el más joven de los cuatro hermanos, fué el único que no encontró a nadie en su camino; pero al llegar a una ciudad tuvo la suerte de que un sastre afamado le tomase a su servicio y se interesase por él. Miguel era tan bueno, tan dócil y tan trabajador que su maestro le tomó mucho cariño, y terminado el aprendizaje le obsequió con una magnífica aguja, al par que le decía:

—Cuida de no perderla nunca, porque con esta aguja coserás lo que quieras y nadie podrá distinguir la costura.

Pasados los cuatro años, los hermanos se reunieron con gran alegría y luego partieron para visi-



Y SIN HACER EL MENOR RUIDO

tar a su padre, quien los recibió con grandes transportes de júbilo y alegría, pues le parecía mentira al pobre viejo, el volver a ver a sus queridos hijos después de aquellos cuatro años de separación forzosa, que al buen hombre se le habían hecho tan largos como siglos.

Así es que los abrazó con lágrimas en los ojos y a todos les decía que estaban más gordos y mejores mozos que cuando se fueron.

Los hijos, por su parte, no podían disimular la inmensa alegría que les causaba el encontrarse de nuevo en su pueblo, en su casa y al lado de su buen padre, al que tanto querían y tanto respetaban.

Así es que, pasaron un buen rato, en que no hacían más que abrazarse y decirse frases de cariño, los unos a los otros.

Comieron con excelente apetito, y después que terminaron, mostró deseos el zapatero de saber cuáles habían sido las aventuras de sus cuatro hijos, y cuáles eran los oficios que habían aprendido.

Cada uno de los hermanos refirió lo que le había acontecido y el padre decidió entonces poner a prueba sus habilidades.

Llevólos a la puerta, y señalando a un árbol frondoso que se elevaba frontero a la casa, dijo a Santiago:

—Allá arriba, en las últimas ramas, hay un niño de jilgueros; puedes decirme cuántos huevos hay en el nido?

Santiago enfocó su anteojo hacia el árbol, y contestó rápido:

—Hay cinco.

—Muy bien — repuso el padre. — Tú, Pedro, ve a coger los huevos; pero de tal manera, que el pájaro que está en el nido no lo advierta.

Pedro subió al árbol, y sin hacer el menor ruido, ni dejarse ver por el pájaro, sacó los huevos y los llevó a su padre.

Este entonces, los alineó sobre una mesa, y dirigiéndose a Enrique, le dijo:

—Ahora, tú debes agujerearlos por el centro con un solo disparo de tu carabina.

Enrique hizo lo pedido con una precisión asombrosa.

—¡Perfectamente! — dijo el padre. — A tu vez, Miguel, vas a coser con tu famosa aguja las cáscaras y los polluelos de manera que puedan vivir todavía.

Miguel ejecutó con suma destreza lo que se le ordenaba y Pedro volvió a colocar los huevos en el nido con tal arte, que la madre no se movió ni se enteró de nada, y algunos días después los pajaritos nacían como si nada hubiera pasado.

El padre quedóse satisfecho al ver las pruebas de destreza y habilidad que daban sus hijos y les dijo, que estando todos unidos, para poder realizar, como en aquella ocasión, cualquier empresa, aprovechando las cualidades y talismanes de cada uno, era seguro, que más tarde o más temprano, la fortuna les sonreiría.

Poco tiempo después un enorme y feroz dragón arrebató a la hija del rey cuando se paseaba por una de las terrazas del palacio real, y prendiéndola en sus garras, se elevó con ella por los aires, desapareciendo en breve de aquellos lugares. La gente presenció horrorizada aquel rapto, y el rey hizo anunciar que quien rescatara a la princesa del poder del dragón se casaría con ella y heredaría más tarde la corona.

La noticia llegó a la aldea donde vivían los cuatro muchachos, los cuales, al conocerla, se dijeron:

—He aquí una excelente ocasión, para demostrar lo que cada uno de nosotros es capaz de hacer. Asociémonos para libertar a la princesa, y, seguramente, con el concurso de todos, saldremos adelante en nuestra empresa.

—Lo primero que hay hacer, — observó el astrónomo — es averiguar el sitio en que el dragón tiene a la princesa, y bien pronto voy a descubrirlo.

Dirigió su anteojo en todas direcciones, y no tardó en divisar a la princesa, a sesenta leguas de distancia; estaba sentada a orillas del mar, llorando su desgracia: El terrible dragón reposaba a sus pies.

Los cuatro hermanos se encaminaron a ver al rey, el cual, en cuanto supo el fin que llevaban equipó un navío, y en él embarcaron los jóvenes.

Al llegar al lugar en donde se hallaba presa la princesita, la vieron sentada en la playa, mos-

trando en su semblante el más vivo dolor; la horrible bestia dormía a su lado, apoyando su monstruosa cabeza en las rodillas de la princesa.

La pobre princesa, tenía tal cara de espanto, que daba compasión mirarla. Y el caso no era para menos, pues el dragón era el ser más monstruoso que imaginarse puede. Así es, que la infeliz doncella, que sabía que no habría un hombre en la tierra capaz de libertarla de tan horrible fiera, estaba desolada y de sus ojos caían las lágrimas sin cesar un momento.

Enrique apoyó su carabina en el hombro y se disponía a matar al dragón; pero comprendió que también heriría a la joven.

Entonces decidieron que Pedro bajase a tierra y se apoderase de la princesa sin que el dragón lo notara. Así lo hizo, deslizándose suavemente por las arenas y los acantilados de la playa. Embarcáronla inmediatamente y se dieron a la vela.

El dragón no tardó en despertarse, y al encontrarse solo, se elevó en los aires, tratando de descubrir quién era el que le había robado a la princesa. Pronto lo averiguó, y se lanzó como una flecha en persecución del navío, amenazando destruirlo.

La fiera presentaba un aspecto espantoso: los ojos brillaban como llamas; de su boca salían entre silbidos gruesos chorros de fuego, y lanzaba agudos rugidos. Enrique, tratando de vencer la



SOBRE LA CUBIERTA DEL BARCO.

emoción que lo dominaba, apuntó con gran cuidado y la bala de su carabina fué a destrozar la cabeza del monstruo, pero con tan poca suerte que fué a caer, haciendo un estruendo espantoso, sobre la cubierta del barco, haciéndolo mil pedazos.

Los cuatro hermanos y la princesa tuvieron la suerte de coger cada uno un madero y sostenerse sobre el agua, mientras Miguel cosía sólidamente todas las piezas del buque. El viento les fué propicio y bien pronto desembarcaron en el puerto de su destino. Inútil es decir la alegría del rey.

—Cumpliré mi palabra — dijo a sus salvadores —; pero como sois cuatro, ¿con cuál de vosotros ha de casarse la princesa?

Entonces se entabló viva disputa entre ellos.

—Si con mi antejo no hubiera descubierto dónde estaba la princesa — dijo Santiago — nunca la hubiérais podido arrancar de las garras del dragón.

—¿Y de qué podría servir saber dónde estaba? — contestó Pedro. — Lo esencial era ponerla fuera del alcance del monstruo, como yo lo hice.

—Desengañaos — intervino Enrique —; sin mi magnífica carabina, ella y vosotros hubiérais perecido, muertos por la fiera.

—Yo soy el que os salvé a todos — añadió Miguel —; pues al coser el barco con mi aguja maravillosa, os libré de morir ahogados.

Y continuaron disputando así largo tiempo, sin querer ceder ninguno su derecho a casarse con la princesa, por lo que el rey, les dijo:

—Puesto que alegáis todos el mismo derecho a la mano de mi hija, y, en efecto, el mérito de cada uno es igual al de los demás, la princesa no se casará con ninguno; pero yo os cedo la mitad del reino y os lo distribuiréis como buenos hermanos.

La proposición les agradó y cada cual se instaló en los ricos dominios que le correspondían.

El padre iba a pasar tres meses del año con cada uno de sus hijos, y todos vivieron felices y contentos muchos años.

¿Y la princesita? Poco a poco volvió a recobrar su calma, y se casó con un gentil y gallardo príncipe de un reino vecino al suyo. Tuvieron dos preciosos hijitos, y el primer cuidado de la feliz princesa, al nacer los principitos, fué comunicar la noticia a sus antiguos salvadores, los cuales iban todos los años a Palacio llevando ricos presentes. Volvían luego a sus dominios, y así vivieron siempre felices y respetados por todos.

* FIN *

SC
Lij
C-LAN
02

La Alegría de los Niños

SERIE SEGUNDA

Premio y Castigo

Blancanieve y Rojaflor

Los Cabritos y el Lobo

El fiel Juan

Los cuatro talismanes

La princesita de las
trenzas de oro

La viejecita de los gansos

El pájaro Grifo

La escoba encantada

Juanito y Margarita

La leyenda del corzo

El anillo perdido

Genoveva de Brabante

Rosa de Tanemburgo

La zorra agradecida

Un día de felicidad

La Cruz de madera

El niño perdido

La Virtud premiada

El Canario

CADA TOMITO 10 Centavos.